

## CARTA VII.

---

Mi querido Basilio:

Quieres meterme en más honduras con tus preguntas, y no sé por qué al presente te empeñas en que te diga lo que pienso sobre asuntos que ya otra vez, y con marcada insistencia, llamaste intrincados, declarando que mejor era creer lo que tu nodriza te había enseñado, que andar haciendo pesquisas para trastornar todos los rincones de tu cerebro, y sacar en claro que en cada celdilla tienes errores sin cuento.

Dices que Balmes te ha metido en serios apuros con su ánima beluina, término medio entre el espíritu y la materia, y que el extravío de tan renombrado metafísico te prueba que, sin la revelación, nada se puede



sacar en claro en asunto de tan tupida maraña, como lo es el saber si tenemos o no alma, y si esta es una substancia incorpórea de naturaleza distintas de todas las demás cosas que caen bajo la jurisdicción de nuestros sentidos. ¡Ah Basilio, en qué terreno tan resbaladizo has puesto la insegura planta, y en que laberinto de multiplicados escondrijos, de sinuosas vueltas y de curvas infinitas quíeres que yo entre! ¿No sabes que la existencia del alma, es la piedra angular sobre que descansan todas las religiones a que ha dado origen la ficción de ese ser impalpable? ¿No te imaginas que si te digo lo que pienso vamos a lastimar el credo de casi todo el orbe? Y digo que de casi todo el orbe, porque en estos tiempos en que se está haciendo la luz, no con el fiat tan renombrado, sino a fuerza de estudios y de observaciones constantes, hay un número no escaso, que ni en el alma, ni en Dios, ni en el diablo creen. Me parece muy acertado lo que me dices de la revelación, que tiene para tí un gran pecado filosófico. Copio tus palabras: “traer la revelación como prue-

ba es incurrir en una petición de principio, pues para que exista revelación es indispensable que haya quien revele y a quien se revele, y los dos términos son precisamente los que están en cuestión.” ¿De dónde has sacado tanta lógica Basilio? ¿Quién te ha inducido a hacer disquisiciones acerca del alma de las bestias, inventada por Balmes? Y a que viene aquello, de que así como el inventó el alma de las hormigas y la de los jimios, otros han inventado la del hombre? Atente a los hechos y sal de ese escolasticismo, con el que nada hemos podido sacar en limpio desde Sócrates hasta Jeaques Simón y Saisset. ¿Que tienes tu que estar averiguando, como una sustancia inmaterial (rechinan estas dos palabras al verse juntas) toca, siendo intangible, al cuerpo humano para que se mueva según las voliciones de la tal sustancia? Hasta la saciedad se ha repetido el argumento, de que lo intangible no puede ser tocado y, por consiguiente, no puede tocar, y de allí que el espíritu (¿qué cosa es espíritu?) no puede hacer que los cuerpos se muevan porque los cuerpos



se mueven en virtud de las fuerzas que obran sobre ellos, y las fuerzas radican en la materia, como que sin ellas no existiría, siendo así que materia y fuerza son dos términos que una misma cosa significan. Esos son fenómenos incomprensibles, Basilio, porque son nada y la nada no se concibe. ¿Tienes idea de un círculo cuadrado? No. Pues no puedes tener idea de que lo intangible toque. Tienes idea de un ser intangible? No. Pues lo intangible, entre tanto no tengas idea de él, para ti no existe, porque para todo cerebro no existe aquello de que no tiene idea. Supón que al presente te revelo la existencia de un nuevo metal, que te digo cuales son sus propiedades, y lo que es mas, te lo enseñe. Antes de que lo hubieras conocido no tenías idea de él, y para ti no existía; y si después de haberte formado la idea en virtud de la cual te lo representas, te olvidas por completo de todo, continuará el tal metal no existiendo para ti, de donde debes concluir que no existe para nadie aquello de que no tiene idea; tu aseguras que no tienes idea del alma, pues no existe para ti el alma,

y ni para mí, Basilio, porque tampoco tengo idea de ella; y aquí voy a refutar otra de tus teorías: la de que todas las palabras encarnan ideas de cosas existentes, y dices que si existe la palabra alma es porque se tiene idea de ella. Existe la palabra nada y jamás concebirás la nada; se dice ser incorpóreo como se dice círculo cuadrado, y ni lo uno, ni lo otro concebirás. Cuando dices: nada hay escrito en este papel, no es porque tengas idea de la nada, sino porque tienes idea de las letras que forman la escritura y no la ves sobre el papel. Cáspita, Basilio, me contagiaste. No ha bastado mi aborrecimiento a la infructuosa y perjudicial escolástica para librarne de resbalar.

Vamos a los hechos, Basilio: Sepamos como vino a la humanidad la palabra alma, ya que no la idea. En mi primera carta, y a ella me refiero para no repetir aquí lo mismo, te expliqué como, debido a los sueños creyó el hombre que era compuesto de dos seres distintos, que tenían diversas cualidades; como de esta creencia nació la idea del alma, nom-



bre que hemos venido a dar al ser que suponía el hombre primitivo que habitaba en él y vagabundeaba de aquí para allí, mientras él dormía. Sir Jhon Lubbock hace la curiosa observación de que cuando un salvaje soñaba que veía a un compañero recientemente muerto, seguramente, lo tenía por existente, aunque invisible cuando se despertaba, y en relación tan solo con su vagabundo alter ego. Con innumerables hechos te comprobé la costumbre universal de dar de comer á los muertos, fundada en esa supuesta duplicidad y supervivencia del muerto. Indudablemente de allí ha partido la creación del alma ó espíritu que habita nuestro cuerpo. ¿Cómo ha pasado este supuesto ser, que el salvaje creyó corpóreo, á la condición de espíritu? Es muy fácil demostrarlo. Primeramente es necesario evidenciar que el alma no fué en su principio sino otro ser muy semejante al del muerto; para ello tenemos los prácticas universales de todos los pueblos, prácticas de las cuales aún subsisten algunas.

Porque el alma era corpórea se enterraban con el muerto sus mujeres, sus ganados, sus

criados y sus armas, y en muchos casos todo cuanto en vida era de su pertenencia; porque la creían material, dejaban en los sepulcros agujeros por donde pudiera entrar a ocupar su cuerpo, y por eso hasta el presente a fuego se queman las almas de los condenados, como la inquisición quemaba a los cuerpos. Y no te asombres de estas contradicciones en que incurre el que te afirma que a un mismo tiempo es el alma incorpórea y se calienta con fuego. ¿No hay centenares de sacerdotes que beben vino y te afirman que beben sangre, por más que si se exceden se emborrachen? ¿No ves como la púdica doncella con la mirada baja, temblando y sudorosa, recibe el pan azimo, creyendo que tiene entre mandíbula y mandíbula un cuerpo, ni más ni menos como el tuyo y el mío, aunque su paladar le acuse un sabor idéntico al de nuestras antiguas obleas? Basilio: tú tienes vista, oído, olfato, paladar y tacto para identificar los cuerpos, pero en determinados momentos estás obligado, no solamente a no servirte de ellos, sino a decir que es mentira



lo que te dicen, y debes atenerte a la visión de un sentido inventado, que para no engañarte en lo que vé, es ciego, y se llama fé. No es muy difícil explicarte como se han generado y crecido paralelamente en el cerebro humano ideas que se excluyen; el imperfecto lenguaje y la metáfora indispensable al hombre primitivo para hacerse comprender, entraron por mucho en la creación de palabras, que usadas en un principio con un neto significado de cosas materiales, por los tropos de que se valía el hombre para explicar sus concepciones, fueron adquiriendo la vaguedad consiguiente a lo mal definido, hasta esfumarse haciéndose borrosas, en una palabra: espiritualizarse, y tomo aquí esta palabra en la significación de lo que no tiene condiciones para ser apreciado por los sentidos, tales como son todas las ideas abstractas.

Pero volvamos a la cuestión de la existencia del alma; los más avanzados concibiendo las cualidades del ser que tiene voliciones, recuerdos y facultad comprensiva; pero luego te añadirán, Basilio, que estas cualida-

des tienen que radicar en un ser incorpóreo. Por qué? Porque la materia no piensa, por la sencillísima razón de que no quieren que piense. De nada sirve que la ciencia les haga tocar y ver que a mayor trabajo del cerebro, a mayor suma de lucubraciones, corresponde mayor cantidad de fósforo en las secreciones urinarias. Es muy curioso este fenómeno del pensamiento elaborado por un ser impalpable a expensas de una porción de la materia que se encuentra en la masa encefálica. A los que se han propuesto negar al cerebro la facultad de pensar, sin la compañía de la palabra alma, ¿de que les sirve que la experiencia haya enseñado que cortando capas horizontales al cerebro de las aves se disminuya la actividad de aquel órgano hasta quedar insensibles a las impresiones exteriores, desapareciendo por entero la conciencia. Los locos, los mentecatos microcéfalos, los que deliran por hambre, los ebrios y los que se inspiran con el café, nada prueban a los creyentes de la espiritualidad del alma; nada de lo que modifica las funciones cerebrales tie-



ne que ver con ella; porque el alma produce el pensamiento correcto, y al pasar por un organismo que no toca, descompuesto por accidente, o inútil por mala conformación, se altera. Esto, dicen los almistas, tiene una explicación sencillísima y evidente: así como un músico no puede producir armónicos sonidos con un instrumento inacorde, y por más que pulse las teclas en tiempo oportuno para producir el concierto, si no obedecen a la pulsación o dan un do en vez de un re, resulta una algarabía de sonidos infernales, así ni más ni menos, el alma, si su instrumento, que la generalidad conviene que es el cerebro, tiene descompuesto el teclado, no puede tocar por más que de este verbo castellano venga el supino tactum del verbo tangere cuyas acepciones todas, nos dan idea de actos ejecutados por la materia. No recuerdo Basilio en cual de esos célebres filósofos, cuya genealogía principia con los discípulos de Platón y termina con el último cleriguillo de pueblo, leí tan fútil como bárbara explicación.

En el grupo de los fenómenos que produce en el hombre trastornos mentales, debo citarte uno muy curioso, y de cuya materialidad tampoco debe dudarse: me refiero al fenómeno de los sueños producidos por la digestión o por las presiones en la región cardiaca: cargas tu estómago con sustancias difíciles de digerir y es seguro que tendrás sueños muy vivos y con frecuencia desagradables. ¿Será que el alma, esa sustancia incorpórea, se indigesta como cualquier vientre de animal? No hay madre que no tenga el cuidado de acostar a sus hijos de manera que no descansen del lado del corazón, y con racional solicitud apartan de la región cardial la mano o el brazo del niño para evitarle pesadillas; está probado que esta precaución es más eficaz que la de las oraciones contra los malos sueños. ¿Quién habrá descubierto, Basilio, que el alma espiritual, cuando soñamos, necesita de la normal circulación de la sangre para no ver que un toro nos enviste sin poder huir del peligro, o que un asesino viene a nosotros puñal en mano, cuando no podemos levantar nuestros brazos para de-



fendernos, porque pesan como lingotes de acero? ¿Qué tendrá que ver esa inconceivable sustancia conque glóbulo más, ó glóbulo menos, circule por venas o arterias?

Te dije cual era la definición que de el alma dan los más visionarios—el uno por millón de los habitantes que pueblan la tierra—pero me falta decirte que el resto de ese millón se la representa como la imagen de su propio cuerpo; así la verás en los restablos de ánimas, donde para ser quemadas por las llamas del purgatorio, necesitan las pobres almas vestirse con nuestra carne mutable; para otros es el vapor, el hálito, como antes te dije, una llamita o la sombra del cuerpo del hombre primitivo, de cuya génesis, seguramente, viene su impalpabilidad.

En las relaciones, y cuentos populares, el alma aparece más o menos fluida, pero siempre material, y el espíritu del muerto penetra por las bocallaves, por las hendiduras de las puertas, cabalga como cualquier jinete de carne y hueso, te sacude la hamaca, tropiesa con los asientos de tu sala, traspone los ob-

jetos de un lugar a otro, en una palabra, se mueve y acciona como un ser corpóreo. En la relación bíblica, Dios infunde un soplo al barro humano, y todos los espíritus de que te habla el tal libro son representados con cualidades corpóreas; llevan alas los angeles, porque les son indispensables para trasladarse de un lugar a otro, y porque las materiales alas te dan idea de una locomoción más rápida; visten el traje de la época en que se les pone en acción, y hablan a Job y a María como tu y yo, si no fuéramos tan pecadores, podríamos hacerlo. Como la naturaleza de las almas es la misma que la de los ángeles y serafines, bueno es que te fijes, Basilio, que también a estos se les concibe bajo la forma corpórea. ¿Qué pocos serán aquellos que cuando se les nombra un ángel no se lo representan como a un rorro colorado cachetón y con alas.

La creación relativamente moderna del alma incorpórea, está en contradicción con la génesis de todas las creencias, con el lenguaje, con la pintura y aún con las prácticas reli-



giosas, con las ideas que se tienen de la otra vida, y con las de la resurrección. Las deficiencias del lenguaje del hombre primitivo, que, seguramente, no concibió el alma sino como un duplicado de su cuerpo, dieron consistencia a la metáfora generadora de su inmaterialidad, como te lo indiqué con motivo de lo que te escribí relativo á la práctica universal de poner viandas sobre los sepulcros.

La espiritualidad del alma, ser distinto del cuerpo, que tiene vida propia e independiente de él, como todos los absurdos para ser explicados, ha puesto en gran aprieto a los filósofos. Los actos de los animales, que a cada momento nos enseñan que hay en ellos algo similar (el cerebro) a lo que en nosotros produce el pensamiento, llevaron al ortodoxo ingenio de Balmes a inventar un término medio entre el espíritu y la materia. Así sucede siempre, Basilio, cuando se camina sobre marismas, cada esfuerzo que se hace para avanzar trae consigo mayores hundimientos. Si Balmes hubiera aceptado que el pensamiento es generado por la materia convenientemente or-

ganizada para el efecto, se hubiera explicado, de conformidad con la ciencia, cómo el desarrollo cerebral está en relación con la facultad de pensar: entonces hubiérase conformado con la ley establecida por Sommericg plenamente comprobada, de que el cerebro del hombre con relación a la masa de nervios encefálicos, es mayor que el cerebro de cualquier otro animal; así hubiera comprendido cómo la materia pensante tiene gradaciones desde la hidra hasta el hombre de Darwin.

El autor de "Las cartas a un escéptico en materia de la religión" aceptaba como mi perro Jac, que las voliciones de la materia revelan la existencia del pensamiento. Te contaré el hecho: En el comedor de mi casa existía un aro de barril con que mis hijos jugaban; no sé si el perro quiso imitar a los muchachos, lo cierto es que se acercó al aro y poniendo las manos sobre el borde que estaba frente a él, con la presión, el aro, que yacía horizontal, se enderezó viniendo hacia el animal, y la parte superior azotolo fuertemente en la cabeza; corrió el perro con el



rabo entre las piernas, a pocos pasos se paró, volvió a ver el aro y repitió la huida y la mirada hasta por cuatro veces; después *pulsat pede* se llegó hasta el instrumento que lo había flagelado, y convencido de que no estaba animado, y por consiguiente de que no había tenido intención de dañarlo, continuó su juego interrumpido. La supuesta espontaneidad del movimiento hizo que mi perro supusiese en aquel pedazo de materia algo así como el término medio de Balmes entre el espíritu y la materia. ¡Oh poder de los hechos!

Nadie niega la memoria, la voluntad y el juicio a los animales, y ninguno les quiere conceder almas espirituales distintas de ellos. Fíjate en tu perro, Basilio, cuando huele tu comida, mueve la cola, se pone en dos pies, te mira con ojos suplicantes y hasta los sonidos de su garganta tienen una inflección rogativa y plañidera. Con toda su mímica te dice: "dame pan, tengo hambre;" perfectamente bien lo entiendes, pero le falta a tu perro, la palabra y por solo este defecto orgánico

le niegas un espíritu similar al que dices que habita en tu cuerpo. Si un día en lugar de todos esos gestos con que te pide pan, te hablara en castellano correcto, diciéndote exactamente lo mismo, temblarías como un muñeco de alambre, y respetuoso le dirías como el inglés al loro: "pegrdone usted señorg creg-i que eg-ra usted peg-ro."

Si yo fuera maldiciente, Basilio, afirmaría que no hemos concedido alma inmortal a los animales, porque no hemos hallado la manera de explotar tal dualidad. ¿Qué quieres que hagamos con el alma de una vaca o de un carnero que nos produzca más que su misma carne? Si además de comérselo fuera posible que sus descendientes o ascendientes nos pagaran algo, ya hubiéramos inventado para ellos un espíritu, aunque fuera tan término medio como el que les daba la ilustre catalana, y hubiéramos creado también dos lugares de tortura, con su correspondiente mansión de delicias para afligir o recompensar a la buena vaca y al buen carnero.



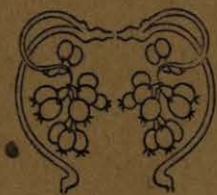
Para el hombre se ha inventado el alma, para el animal el instinto, y este último, al decir de los que amoldan su discurso a erróneos prejuicios, no es otra cosa que algo que impulsa a los animales a una acción espontánea e involuntaria para reproducirse y conservarse. De suerte, Basilio, que si diez perros, corretean a una perra, y muerde a nueve y solo acepta las caricias de uno, di que sin voluntad les hinca los colmillos, y sin voluntad acepta reproducirse con el que es de su agrado. Convéncete, incrédulo Basilio, los animales son unas máquinas perfectísimas, que simulan con sus gestos, con sus actos y hasta con las inflecciones de los sonidos que producen sus gargantas, la facultad de pensar, cualidad privativa de nosotros los humanos.

Reasumamos, Basilio, los sueños y las sombras hicieron nacer en el hombre la idea de su dualidad; siempre se representó al otro yo como un ser material que era su copia fiel, como lo es nuestra imagen que en el espejo vemos; por efecto del lenguaje, al explicar el hombre la ausencia del otro yo, que era invisible para

los demás, fué adquiriendo la cualidad de atravesar los cuerpos, primero por las hendiduras, después por los poros, hasta que la palabra sombra fué progresivamente generando la de imagen, hálito, alma y espíritu. Nadie tiene idea del alma a pesar de que tenemos ideas abstractas, como las de verdad, árbol o montaña. Hemos demostrado que las deficiencias orgánicas del cerebro modifican el pensamiento; que los accidentes que entorpecen sus funciones o las activan, hacen anómalas las lucubraciones; que a todo esfuerzo mental corresponde un gasto de las sustancias de que está compuesta la masa encefálica; que la extirpación del cerebro mata la conciencia, sin embargo de existir la vida. Hemos significado, que son inconsecuentes los que sosteniendo la necesidad de un ente pensante, distinto de la materia en el hombre, no lo admiten en el bruto, que indudablemente tiene por lo menos memoria y voluntad; que todo movimiento impuesto a un cuerpo es originado por una fuerza que radica asencialmente en la materia como que no puede concebirse ésta sin la fuerza. De



todo esto, Basilio, hay que concluir que el alma es simplemente una palabra, que como tal es inconcebible, y que los hechos nos demuestran que la materia organizada es capaz de pensar, que lo que llamamos espíritu, que no es otra cosa que nuestro pensamiento, es el producto de las funciones cerebrales.



## CARTA VIII.

—  
Mi querido Basilio:

Quieres que te señale las diferencias más notables que existen entre el hombre y la mujer, y voy a procurar satisfacer tus deseos, con la seguridad de que no te mostraré todas las de semejanzas, anatómicas, fisiológicas y psicológicas, debiendo incluir en estas últimas la influencia distinta que en la sociología han tenido el macho y la hembra.

Esta carta, Basilio, ya que con tu deseo, me has proporcionado la oportunidad, servirá también para llenar un vacío, notabilísimo, de la obra de Caustier, que sirve de texto en el "Instituto Juárez" y en la "Escuela Normal para Profesoras." La Anatomía y Fisiología de Caustier, es una Anatomía y Fisiología *neutras*. Las principales funciones fisiológicas, aquellas que